¿Es posible ser mujer sin identificarse con el sufrimiento?

Jocelyn Guerrero*

En este artículo pretendo analizar las situaciones que confluyen para dar lugar a que la mujer, como género, sea más propensa que el hombre a desarrollar una excesiva tolerancia hacia el sufrimiento. Con ello quiero referirme al hecho constatado de que la mujer tiende a soportar condiciones de vida no gratificantes o claramente desagradables, de forma continuada y sin buscar medios adecuados para evitarlas o resolverlas. Estas situaciones son variadas y pueden ir desde las relaciones conyugales donde se soporta lo insoportable con el pensamiento de que es lo menos malo para los hijos, hasta la aceptación de altas cuotas de dolor físico que se creen consustanciales a la condición femenina.

Al decir que la mujer se «identifica» con el sufrimiento, quiero decir exactamente, que acepta colocarse o ser colocada en un lugar sufriente; de este modo ella se identifica como aquella que sufre y lo acepta repitiendo expresiones como "es lo que toca como mujer", "no hay otro remedio", o "yo soy más fuerte para estas cosas".

La identificación es el largo proceso por el cual nos constituimos como individuos singulares e irrepetibles; se inicia con la incorporación de aspectos o rasgos psíquicos de la madre, del padre, y otras figuras familiares, y se completa con la aceptación de modelos o discursos sociales que hacemos nuestros. La niña en concreto tiene desde pequeña a su alcance, modelos de sufrimiento y de resignación, que le son transmitidos desde muchas generaciones de mujeres y, por otra parte, sobrecogedoras advertencias sobre los peligros que entraña atreverse a romper esta "tradición" generacional de sufrimiento: desde quedar despojada de todo amor y valoración social, hasta la terrible muerte de tantas jóvenes mujeres argelinas por ejemplo...

¿Qué es entonces lo que pertenece intrínsecameiate al género femenino como biológico y qué lo "heredado", o sea lo que recibimos por línea femenina y con lo que nos identificamos? Y, además, ¿Cuál es la línea divisoria entre lo que asumimos espontáneamente en ese proceso de identificación y lo que se nos impone socialmente, a cuyo mandato tenemos que adaptamos o pagar un alto precio? Quisiera poder contestar a estas preguntas.[1]

* Psicóloga psicoanalista dominicana, residente en Barcelona.

1. No todas las mujeres resuelven los conflictos de la forma aquí expuesta.

©Universitat de Barcelona

El primer sufrimiento con el que se encuentra el ser humano es la separación de la madre, que se da en el momento del nacimiento. Luego habrá otras separaciones y desengaños, siempre dolorosos: el destete, la entrada en guardería, el nacimiento de un hermano, etc. No obstante, en estudios efectuados a bebés por alguna escuela de psicoanálisis se nos informa de que las madres intentan calmar a los niños cogiéndolos en brazos y tocándolos mientras que a las niñas las calman por medio de la palabra. Y es que la diferencia del género vivido desde la psique materna da lugar a reacciones diferentes. Las expectativas hacia el bebé difieren desde el momento en que la embarazada conoce el sexo del feto.

Voy a hablar del desarrollo que tiene que realizar la niña para llegar a ser mujer y de por qué creo que el género femenino tolera más, hasta ahora, el dolor psíquico y físico justificado como inevitable y consustancial a la vida.

Para empezar, la madre es siempre la persona más importante en la vida de los infantes. Se idealiza desde un principio ya que es la que cuida aprueba o desaprueba, la que ama y la que va dando reconocimiento, autoestima y por lo tanto es la persona a imitar. A medida que la niña va haciéndose mujer intenta diferenciarse de los aspectos sufrientes de la madre. Esto implica ya en sí un desgaste y por tanto un sufrimiento, es un intento de cambio del destino de desventaja que le espera y en el que tantas mujeres sucumben. La psicoanalista Emilce Dio dice en su libro *El feminismo espontáneo de la histeria*, galardonado en 1984 con el premio Clara Campoamor, que aceptar ser mujer dependerá de:

1. El modelo que le presta la madre a la niña.
2. Lo que los padres creen que debe ser la niña.
3. Lo que la propia niña quiere ser.

Es en este último punto donde se genera el conflicto. Cuando lo que la propia niña quiere ser no coincide ni con los modelos ni con los valores de ambos padres, que también ha interiorizado ella. La plenitud imaginada por la niña que ella compartía con la madre idealizada comienza a ser cuestionada ante la aparición de otros valores. Cuando la niña capta y observa la diferencia sexual y la valoración de lo masculino, querrá ser reconocida por el padre y valorada por él en cuanto es el representante del poder del otro sexo.

De ese modo debe aceptar ser mujer en un mundo donde el poder, lo valioso y lo seguro lo tiene el otro sexo. La niña convierte entonces al hombre en el sujeto central y único en la vida, ya que es la forma que encuentra para acercarse al poder. La mujer desarrolla la actitud de potenciar a los hombres y pone sus metas en ellos relegando las suyas propias. Esta situación difícilmente la encontramos en un sentido contrario, en el hombre respecto a la mujer. Ello lleva a la imposibilidad de ser autónoma e independiente, premisas imprescin-

©Universitat de Barcelona

dibles para lograr un equilibrio psíquico.

Tendrá entonces que hacer esfuerzos para reivindicar su valía desde un cuerpo de mujer y desde unas expectativas sociales en la que ella cultivará la seducción, los cuidados a los otros y donde su mundo se centrará en lo doméstico. A diferencia del niño, al que se le va a inculcar lo contrario: el poder de decisión y de transformar la realidad. En consecuencia, la niña tiene entonces que reprimir sus impulsos y es el momento en que comienza a luchar.

Siguiendo una línea evolutiva pasamos a la época de la seducción y del enfrentamiento al sexo opuesto. Si creemos en lo que dice la psicología estaremos de acuerdo en que la elección de la pareja se hace a partir de la experiencia con los padres y los aspectos de éstos con los cuales nos hayamos identificado. Esto nos hace pensar que la valoración que se da a la niña como género y como persona en la infancia va a influir fuertemente en su elección. Si ha sido valorada, respetada y criada para ser una persona independiente hará un tipo de elección determinada. En cambio si ha sido tratada como un ser de segunda clase que debe pasar a depender de un hombre hará otra elección. Si su autoestima, que es el aprecio hacia uno mismo, la percepción de las cualidades propias, ha quedado desvalorizada, la mujer se percibirá como el segundo sexo e inexorablemente vivirá para justificar su existencia. Tomará el lugar del lacayo al que se le invita a la Corte y siempre estará en deuda. Estas mujeres, paradójicamente, son las más trabajadoras, hacen las tareas más duras y son las que más se esfuerzan en el cumplimiento de las obligaciones, sobrepasando los límites de lo exigido y sin poder detenerse a tomar conciencia de lo que les pasa a ellas y a los que la tienen sojuzgadas. Aquí cabe preguntarse por la autoestima del que somete, que desde su fragilidad necesita dominar al otro para sentirse alguien. La mujer seguirá las pautas de conducta a las que se acostumbró e hizo suyas y que va a perpetuar a través de la crianza de los hijos. Y es muy díficil poder cambiar o dejar de repetir algo que inconscientemente hemos hecho toda la vida.

En este momento en España existe un movimiento social de denuncia de malos tratos. Estas denuncias por parte de las mismas mujeres, apoyadas por agrupaciones progresistas y feministas, también están obligando al gobierno a crear nuevas leyes de protección para las mujeres. Y éste es un paso adelante para recuperar el lugar que la mujer siempre ha debido tener a lo largo de la historia. Sin embargo, siempre cabe el temor de dejar a la mujer infantilizada con una protección social que no considere la raíz del problema: lo psíquico. Por ello estamos trabajando en esta área intentando romper las cadenas del inconsciente.

Todo este conflicto es el que nos lleva a la histeria, que no es más que una forma de preguntarse inconscientemente: ¿Quién soy yo? ¿Cómo se es mujer? La mujer cree que llegará a saber sobre sí misma

©Universitat de Barcelona

en la medida en que se relaciona con su hombre. A partir del conflicto entre deseo y placer llegamos a la disyuntiva entre placer y precio a pagar por ello. Así, cada vez que la mujer se siente en conflicto entre el deseo y el placer, este último prohibido, apelará a su única arma: controlar su deseo para invertir los términos. Esa arma, la apropiación de sí misma, quedará relacionada con pertenecerse y permanecerá en el área de lo sexual. La niña se introducirá en el mundo de los adultos al ser marcada por la ley que prohíbe el libre ejercicio de su deseo la moral sexual que la define ante sí misma, ante las demás mujeres y hombres como un determinado tipo de mujer. La mujer se ve obligada de este modo a vigilar su deseo, y desarrollar controles para sus impulsos, basados en las consecuencias negativas que le acarrearía satisfacerlo o en férreos principios morales. La paradoja pues, se convierte en que para ser mujer debe acceder a la sexualidad pero para ser respetable debe reprimir su deseo. La moral se opone a su deseo y esto la obliga a hacerse desear, sin responder, a preferir que la amen y deseen más que a amar. El sufrimiento le vendrá desde su propio cuerpo sostenido por las presiones ejercidas desde lo social, lo religioso o lo económico. Este conjunto de presiones la llena de rabia, y enferma físicamente. La mujer enferma por no poder poner en palabras la profundidad del conflicto, y ello es la forma más frecuente del lenguaje femenino. De hecho los médicos hacen más intervenciones clínicas a la mujeres que a los hombres. La mujer pasa el sufrimiento al cuerpo a consecuencia de todo esto que ya es reconocido como fuente de dolor desde su experiencia y porque además es con este llamamiento como se la escucha. El sufrimiento psíquico queda, entonces silenciado. Dado que el cuerpo está traspasado por lo mental, los síntomas se pueden observar en ambos planos psíquico y físico. Así nos encontramos con el vaginismo o la frigidez con las que la mujer deja incapacitado al hombre para darle placer, o con la virginidad, a la que muchas mujeres se agarran fuertemente como a algo muy preciado y valorado. O, en el peor de los casos, nos encontramos con la falta total de deseo.

Prosiguiendo con lo sexual en la relación con los hombres la evitación de la sexualidad pasa incluso por la mirada, pues aprendemos a desviarla. Se crea una situación en que esta desviación es un lenguaje que comunica que la mujer sabe que el otro sabe porque desvía la mirada, y esto causa una ansiedad, que tiene como resultado el presentir desde niña el sexo como algo amenazante. (Las pesadillas infantiles se refieren a hombres que entran por la ventana...) La sexualidad femenina queda sometida a un poder extraño que le impide el libre desarrollo de su naturaleza. El cuerpo va relacionándose con ese algo provocador, incluso cuando la mujer mentalmente no está en contacto con ello. En ese momento debe aparentar ignorancia (hacerse la tonta) para enviar el mensaje de que esto no va con ella empobreciéndose de tanto practicarlo,

©Universitat de Barcelona

pues su inhibición se extiende a otras áreas más allá de la sexual. La joven esconde su curiosidad, reprime su deseo, inhibe la fantasía y espera al hombre que ella cree que le dirá que es ser mujer. E. Dio señala que el sojuzgamiento a la agresión, impuesto a la mujer, favorece el desarrollo de intensos impulsos masoquistas que se vuelcan a su interior de dos maneras posibles: *a*) cuando se expresa la agresión se viven fuertes sentimientos de culpa, *b*) cuando la agresividad no puede expresarse, se vuelca hacia sí misma. Desde lo interior lo prohibido toma fuerza agudizándose el conflicto entre la prohibición y el deseo de lo prohibido, pero no sólo respecto a lo que una vez fue prohibido, sino respecto a todas las situaciones de la vida en las que estas prohibiciones pueden poseer un significado similar a la prohibición del deseo.

¿Por qué el masoquismo es más habitual en el género femenino? La mujer sufre más culpa debido a que ha tenido que luchar mucho más con las imposiciones de los padres. Porque el negarse a obedecer acarrea sentimientos de culpa, remordimientos y temores, todos semejantes al sentimiento infantil de no ser querido. La autoestima depende de que la mujer satisfaga las normas impuestas desde lo familiar, lo social o lo religioso. Algunas mujeres por un sentimiento de culpa inconsciente buscan la posición de víctima, sin que en ello se halle implicado el placer sexual. Es lo que llamamos masoquismo moral. Han introducido en su interior una crítica severa para sí mismas y buscan inconscientemente la situación de desgracia de humillación que sirva de castigo. Las personas de carácter masoquistas encuentran placer en el hecho de exhibir sus desdichas, así en el "mira que desgraciada soy" se esconde "mira lo desgraciada que me has hecho". La conducta masoquista entraña un tono de acusación, de extorsión, un intento de forzar al otro a conceder amor o afecto; pero en este intento, la mujer queda atrapada en su sufrimiento. Sólo la concienciación de este modelo inconsciente de funcionamiento psíquico, de esta pasividad ante el sufrimiento, puede llevar al comportamiento contrario, en que las necesidades puedan ser demandadas de forma directa y en relación con las posibilidades reales del otro.

Histeria

La histeria es uno de los trastornos que más frecuentemente se encuentran en la mujer por las razones antes expuestas en cuanto a las vivencias con respecto a la sexualidad. Pero en el hombre también hallamos síntomas iguales: impotencia, eyaculación precoz, falta de deseo... que son tratados por los médicos como problemas de stress, exceso de trabajo o simplemente cansancio de la pareja. La somatización del varón es escuchada y atendida con premura en correlación con la importancia social que tiene la sexualidad masculina. Se inventan así los "Tauritón" de moda, tónico sexual indicativo de que la industria se hace eco de

©Universitat de Barcelona

la catástrofe que significa la pérdida de potencia-poder expresada a través de la sexualidad masculina.

Y como potencia y poder están relacionadas con lo económico entramos directamente en el campo de lo profesional, donde las diferencias de carreras están marcadas por lo sexual. La mayoría de profesiones relacionadas con la característica maternal, como maestras, enfermeras, parvulistas, psicólogas, asistentas sociales, están realizadas por mujeres, y cuando las profesiones «masculinas» dejan de tener el prestigio de siempre, y por lo tanto son menos rentables, se femenizan.

Desde lo biológico

La pubertad es el período en que la niña experimenta los cambios fisiológicos, muy diferentes a los del varón; en ella la entrada en la pubertad se materializa con la menstruación, que implica dolores: de ovarios, de riñones, cambios de humor, irritabilidad y malestar en general. Son molestias que surgen del propio cuerpo de la niña y que son involuntarios. Pero con estos dolores tendrá que lidiar a lo largo de su vida. Cómo va a ser vivido, dependerá, entre otras cosas, de los mensajes que se envían desde fuera respecto al propio cuerpo. Es un momento muy importante porque va a ser el primer encuentro de lo físico con lo productivo y con las pérdidas. Con lo productivo porque es la posibilidad de crear, de dar vida, de la continuidad, algo que hasta ahora sólo le pertenece a ella, pero que a la vez tiene que defender en la medida en que parte de este privilegio le va a ser arrebatado. Me explico: el cuerpo de la mujer en cuanto fuente de placer para ella y el hombre, y fuente de producción de la especie, se convierte en algo con lo que ella domina, aunque el precio sea el del sufrimiento, porque la sexualidad de la mujer ha estado inexorablemente ligada al embarazo, que todavía significa para la mayoría, la muerte, un adentramiento en la miseria o, en el menor de los casos una carga. La maternidad impuesta por el desconocimiento, prohibición o inaccesibilidad a los métodos anticonceptivos hace que este privilegio de la mujer pueda convertirse en una carga ineludible del género femenino. Recordemos que desde que se produce el caminar erguido en la raza humana, el embarazo se acorta en 3 meses "prematuritat". Este tiempo de inmadurez fetal queda compensado por la madre que queda conectada a las necesidades del bebé y de este modo su mundo psíquico se verá invadido por éste. La madre, al principio fusionada con el bebé, debe renunciar a muchas cosas por ello, pero a la vez ha de poder desprenderse paulatinamente cuando el bebé crece en sucesivas renuncias que también implican sufrimiento.

La crianza de los hijos también nos hace sentir culpables de las vicisitudes de ellos, por cuanto hasta ahora el rol del padre ha sido más el de proveedor económico, a veces idealizado, o de legislador.

El otro factor biológico que determina a la mujer es el parto, sufri-

©Universitat de Barcelona

miento que, desde lo inconsciente, la tiene asumido como doloroso.

También desde las ventajas biológicas la mujer queda en el punto de mira del poder. El orgasmo femenino es el mejor ejemplo de cómo los poderes intentan dominar el placer de la mujer, haciéndolo con tanta firmeza y rigidez como placer se imaginan que pueda tener. Porque cuando la mujer alcanza su camino erótico, placer conquistado a través del sufrimiento, por el que ha tenido que enfrentarse a las vivencias de locura y de los senderos de lo amenazante y de lo siniestro, domina el goce de los goces, ya que el orgasmo femenino es imposible de fijar a diferencia del momento eyaculatorio del hombre.

La menopausia, cambio de vida desde lo fisiológico y psíquico, puerta a la etapa vital donde coinciden la independencia de los hijos y la decadencia física, supone la pérdida de la lozanía y muchas cualidades relacionadas con la seducción y la belleza, que son las cualidades sociales por las que la mujer ha sido más valorada. Hemos visto que la menopausia obliga a una intensa readaptación física y psíquica y es desde lo corporal donde se impide pasarlo por alto. La pérdida de la capacidad de dar vida es una de las renuncias de la mujer, y no porque no haya satisfecho antes esta posibilidad, sino por la pérdida de una capacidad que va íntimamente ligada a la condición de mujer y a sus ventajas. Ser madre implica ser la primera, algo muy importante en la vida del hijo, y ahora se tiene que pasar a otra posición. Si a estas pérdidas no le acompaña una situación de compensación, la amargura está servida. La situación de la mujer es dura. Si en el peor de los casos nos dejamos llevar por las exigencias de la vertiente cultural, donde la mujer desempeña el rol de ayudante de la madre y del padre, esposa abnegada, madre dedicada, todo esto llevado a la perfección, tenemos el sufrimiento como bandera de la vida.

Por ello, a veces, nos encontramos que detrás de una madre celosa (desde lo inconsciente), de la mejoría de las situaciones de los hijos, está la rabia que produce constatar el disfrute, cualquiera que sea la forma en la cual éste sea reflejado: gastos, despreocupaciones o menos prejuicios. En cualquier caso, alegría, goce.

¿Cómo se puede ser mujer sin identificarse con el sufrimiento?

¿Tenemos que demostrar que somos mejores que los hombres? ¿Que tenemos más capacidad para abarcar las exigencias profesionales, sociales y domésticas? ¿Vamos a dejarnos seducir porque ahora nos dicen que somos más listas? Pero, ¿cómo luchar si no se tiene conciencia de la opresión, si nos identificamos con todos y cada uno de los sufrimientos cotidianos? ¿Cómo tener perspectiva cuando se tiene el drama tan cerca?

La rebeldía es necesaria, pero hay que dosificarla; la libertad, la independencia también es un estado interno. La oposición sistemática es, por otra parte, otra esclavitud. Creo que una de las claves por

©Universitat de Barcelona

las que la mujer está atrapada en el sufrimiento es porque el sufrimiento estaba concebido hasta ahora como intrínseco al género femenino, consensuado por lo social. Por lo antes expuesto hallamos en nosotras la tendencia a tener que demostrar o compensar nuestra "inferioridad", haciendo sobreesfuerzos de toda índole. Nos encontramos cada vez más a menudo con hombres que nos dicen que podemos con todo porque somos más listas, lo cual es un excelente estímulo para una actividad que se convierte en desenfrenada y nos lleva a sufrir nuevos trastornos, físicos y psíquicos, que antes eran más patrimonio masculino. Una vez conocidas las fuentes de parte de nuestros trastornos, la lucha por la independencia nos debería llevar a otro equilibrio desde el que se puedan reivindicar las limitaciones y exigir una feminización social, donde los valores femeninos adquiridos por la mujeres tradicionalmente, puedan ser transmitidos al otro género para su continuidad. Así por ejemplo, el concepto de moralidad que se manifiesta en los cuidados a otros, la responsabilidad por los otros, la creencia en el poder reparador del cuidado, la lealtad, la comunicación más que el rompimiento, la moral del respeto, lo sentimental y romántico, lo sublime, ético y estético, son valores femeninos. Podemos utilizar el poder que muchas mujeres ignoran poseer, desde su posición de transmisoras, para salir de una situación en la que no cabe aparcarse, a menos que desde lo más interno de nuestro ser nos sintamos merecedoras y representantes del dolor. Se puede ser mártir de una causa o luchadora activista, sin llegar a invertir toda la energía en ello. Y la postura que adopte la mujer ante la situación real tendrá que ver con su posibilidad de placer o con su anclaje en el sufrimiento.

Decía la periodista Lola Galán en *El País* del 3 de marzo del 96, refiriéndose a Lady Di, que las víctimas además de un verdugo, necesitan de una vocación propia.

©Universitat de Barcelona